



FLACSO
ARGENTINA

Palabras de Diana Tussie, Directora del Área de Relaciones Internacionales

Si a principios de los '90 con el fin de la Guerra Fría hablábamos del momento unipolar, hoy lo que marca nuestro momento (y por eso el tema de nuestra convocatoria) es la transición hegemónica donde el centro del poder, y en particular del poder económico, parece desplazarse de Oeste a Este y de Norte a Sur. Este desplazamiento sacude los cimientos del mercado internacional, una de las instituciones centrales del orden global.

Ya con estas pocas palabras estoy dando a entender que si bien la crisis de fin del 2008 marca un hito, para mí es más relevante el ascenso de nuevos actores dinámicos, que frente a la crisis han actuado, y revelan que pueden actuar, sacudir sus diferencias (que son muchas y variadas) y poner sobre la mesa recursos para tratar de ser un nuevo polo de atracción. La crisis abrió oportunidades de maniobrar, redujo la autoridad moral de los custodios del orden y abrió el teatro para la disputa hegemónica.

La irrupción de nuevos polos de atracción, nuevas fuentes de inversión o locomotoras de crecimiento, indefectiblemente, conllevan cambios políticos y transformaciones del statu quo. Toda redistribución de poder implica una pugna, un reacomodamiento: mientras unos resisten, otros abren huecos y otros y otras comienzan a navegar con los nuevos vientos y en las nuevas mareas.

La nueva geografía económica pone en jaque los arreglos de jure y de facto que dieron sustento al orden económico sostenido por Estados Unidos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Sobre estos cambios la biblioteca se divide entre optimistas y escépticos.

Nuestra región aparece como un potencial beneficiario de la aparición de nuevas locomotoras y de la consecuente difusión de poder en el plano global. No hace mucho tiempo atrás podíamos concebir la predominancia de EEUU como perenne, fluctuante en sus facetas y colores, pero perenne al fin.

Prima facie, el surgimiento o resurgimiento asiático en la Economía Política Internacional es visto como una *oportunidad* que permitiría diversificar las relaciones internacionales y contribuir a resolver la restricción externa. Muchos gobiernos y algunos sectores

empresariales - relacionados de manera directa con los intereses chinos - promueven la *adaptación* de áreas estratégicas hacia la *complementariedad* con China. Pero las oportunidades conllevan el riesgo de una reestructuración regresiva, posneoliberal pero nuevamente con un marcado sesgo hacia la primarización. En el camino hacia la adaptación se tropieza con un nuevo equilibrio entre ganadores y perdedores. Para todos los países de América del Sur el auge de Asia permitió una década en la que conocimos tasas de crecimiento cuyos registros no caben en nuestra memoria reciente. Pero la reprimarización de las economías es una señal seria y sombría que no se puede obviar. Mientras podemos ganar por el lado del sector externo, internamente hay perdedores. La reestructuración que asoma tiene los rasgos de una reestructuración regresiva. Por ello, las oportunidades en el escenario internacional nos exigen abrirnos a dos preguntas básicas.

Por un lado, a nivel interno ¿tenemos en cada país anclado el pacto social, el New Deal, que permite aprovechar la oportunidad para liderar y redefinir al menos algunas reglas de juego globales? Las señales son más bien dudosas. En muchos países hay severos problemas sociales internos, en otros ha aumentado la protesta y la desigualdad. En clave gramsciana, las relaciones internas preceden y estructuran las relaciones externas. Es decir que en la transición hegemónica hay sacudones, ramificaciones internas, hay nuevos desequilibrios entre fuerzas sociales y actores políticos y económicos. En nuevas condiciones el pacto social cruje y se resquebraja, y todos los gobiernos tienen que reeditar un pacto que les permita aprovechar el escenario internacional. Y esto no está dado.

Por otro lado, a nivel externo, tampoco el camino es sereno. Si bien no creo en un mundo de suma cero, nadie pierde o gana de manera gratuita. La transición hegemónica también conlleva un difícil proceso de ajuste y conflictividad. Podemos ver en las potencias emergentes (regionales y globales), un relativo ajuste a las reglas de juego heredadas. Ello se manifiesta con más claridad en la adaptación sin grandes terremotos en los organismos multilaterales. Brasil asume liderazgo en la OMC y en la FAO; China es el miembro permanente del Consejo de Seguridad que menos ha hecho uso del recurso al veto. Pero la resistencia a reformar el Consejo de Seguridad y dar lugar a un cambio en el poder de voto en los organismos de Bretton Woods son ejemplos elocuentes de los obstáculos al cambio y ponen evidencia la dificultad de abrir espacios en las instituciones.

Hasta ahora, o hasta la confirmación del Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS, donde más se percibe movimiento es en el campo regional. Por un lado se generaron en la región nuevas oportunidades de cooperación que también nacieron con la consigna de fortalecer el multilateralismo con nuevos marcos normativos en defensa, salud, apoyo a la democracia. En la región hubo acoplamiento al ascenso de Brasil y a las oportunidades ganadas por el nuevo status con la construcción de nuevo multilateralismo. También hay otras estrategias para incidir sobre dicho ascenso, no tanto para impedirlo o transformarlo sino para

canalizarlo a fin de asegurar la flexibilidad diplomática y afianzar las oportunidades económicas.

Como demuestra el Nuevo Banco de Desarrollo y la facilidad contracíclica anunciada en Fortaleza a fines de julio, Brasil es el país que puede estar en mejores condiciones de aprovechar en el corto plazo la redistribución del poder global. No es la primera vez. En los '50 y '60 surgía la teoría del subimperialismo para dar cuenta del liderazgo regional; y en los '70 como miembro de los entonces llamados países de industrialización reciente en el marco del milagro brasileño, ya se prefiguraba tanto su vocación de liderazgo como el aumento del poder económico. Sin embargo no se concretó el milagro y el sobreendeudamiento desembocó en la crisis de la deuda.

No estamos ante una reedición de ese momento. Por un lado la puja de poder regional con Argentina pasó a la historia, y por lo tanto no hay amenazas en el vecindario. Por otro lado, Brasil necesita más que la mera autonomía interna. Hoy la puja es por incidencia junto con sus pares BRICS. La capacidad para transformar el orden actual no es menor. La concreción del Nuevo Banco de Desarrollo refleja, primero, la brecha entre las nuevas capacidades y el viejo andamiaje surgido en 1945. Segundo, refleja las nuevas necesidades e intereses y la capacidad de gerenciamiento que los respaldan. Y por último, aumenta el flujo de fondos para inversiones, específicamente dedicadas a infraestructura y urgente necesidad de adaptación al cambio climático.

En clave constructivista, el status de potencia regional/ global es una construcción social. Tanto su valor analítico como su valor efectivo dependen tanto de la aceptación del status por otros como de la generación de identidad. En esta movida se manifiestan los pasos de una identidad que se autocrea y de una matriz para la proyección en el mundo. Ello nos muestra la irrupción de un Sur económicamente dispuesto, económicamente dinámico y diplomáticamente asertivo. En esta línea, Brasil puede ser visto como muy grande para la región pero muy chico para el mundo. El Nuevo Banco de Desarrollo contribuye a salvar esta brecha.

Si bien la capacidad transformativa no es menor, en realidad, tampoco es mi intención sobrevalorarla. Todo lo dicho hasta ahora me ubicaría en el campo de los optimistas, meramente con la intención de cambiar nuestro registro. Pero quiero cerrar en clave más cautelosa. Los problemas no han llegado. Esta coincidencia mínima, para materializarse, exige acuerdos más profundos. Exige voluntad, visión, instrumentos. No podemos augurar todavía una nueva época histórica con capacidad de generalizarse como fueron la Pax Británica o la Pax Americana. Estamos apenas frente a un nuevo mosaico, una Pax Mosaica tal vez.

Por un lado, en el pasado reciente (al culminar la Guerra Fría) en América Latina hubo otros dos intentos previos por convertir a emergentes poderes regionales en poderes globales. A comienzos de los '90 tanto Argentina como México fueron invitadas a la mesa

o se postularon para ser parte del Primer Mundo. De diferentes maneras, ambos apostaron a que un alineamiento estrecho con los EEUU, ya sea con el Tratado de Libre de América del Norte en 1994, o como aliado extra- OTAN en 1998, podían abrir el camino. El resultado distó de ser el esperado.

Por otro lado, Estados Unidos todavía puede proyectar su preeminencia mediante guerras neo-imperiales, la explotación de recursos de todo tipo, pero en particular, la divisa de referencia y un sistema de de producción internacional que le permite obtener ganancias en una variedad de localizaciones . Los riesgos sistémicos no están enterrados. Al decir de Mark Twain, “The news about my death have been greatly exaggerated”. En fin, cerramos con preguntas pero sobre todo desafíos para una liberación cognitiva de manera de cambiar el registro de nuestra disciplina. Son la preguntas que inspiraron nuestra convocatoria y que estuvieron presentes en las 240 paneles de los tres días del congreso.